

## LA HORA DE LA GLORIA

Todos estábamos de acuerdo en que Tomás Bardi era un hombre excepcional. Había sido triplemente dotado. Poseía personalidad, talento y un físico admirable.

-No hay nadie que lo iguale -decían, hablando de él, los estudiantes. Procedía del interior del país, y no había llegado precedido de gran fama. Pero pronto demostró sus méritos, y al llegar al último año del curso, el colegio entero se postraba a sus pies y le rendía culto, por decirlo así. Nunca hubiéramos podido culparlo de engreimiento. La presunción no cuadraba con su naturaleza. Se alejaba de los aplausos de la multitud, incómodo y avergonzado.

-Modesto -decía su compañero de pieza-, debería ser el segundo nombre de Tomás. No era raro, por un lado, que hubiese obtenido popularidad. Era un gran atleta, lo cual valía mucho. Además, Tomás era un perfecto caballero, nacido para la cortesía. Poseía la feliz facultad de inspirar afecto. No sabíamos nada de su familia; pero, por supuesto, eso no nos importaba mayormente a sus compañeros de clase; porque un colegio es un mundo en sí, una democracia menor, en la cual "el mañana de un hombre es juzgado por su hoy y nunca por su ayer". Tomás podía proceder de cuna muy humilde, pero nadie pensaba eso. Lo esencial era que había nacido.

Aun sus amigos más íntimos sólo conocían el hecho de que Tomás había venido de un lugar del interior. Nadie lo visitaba nunca, y sólo durante las vacaciones, aunque rara vez, iba a su casa. El colegio era su mundo, su reino. Era un orador elocuente y polemista muy hábil. En septiembre del último año que estuvo con nosotros, nos aseguró la victoria en un debate contra el equipo de una universidad que nos visitaba. Ese fue su mayor triunfo.

La dirección del colegio y sus compañeros de estudio pensaron, por lo tanto, que en el día de la graduación debía ofrecérsele algún reconocimiento apropiado. El mismo director hizo la sugerencia de que se le obsequiara una placa de plata que tuviera una leyenda apropiada para sus méritos, y todos estuvieron de acuerdo.

\*\*\*\*\*

El treinta de noviembre había llegado. Un cielo azul y un sol resplandeciente señalaron el amanecer de nuestro día de graduación. Las clases habían terminado y los alumnos de los cursos inferiores se habían ido a sus hogares; pero el edificio se hallaba repleto de una abigarrada muchedumbre de visitas; padres y amigos de los graduandos. Tomás, vestido prolijamente con pantalón de franela blanca y saco azul, estaba de pie frente a la ventana de su dormitorio, mirando pensativamente los campos bañados de sol.

-¿Viene tu familia hoy? -le preguntamos.

Movió la cabeza lentamente.

-No, y una sonrisa algo triste se dibujó en la comisura de sus labios.

Sentados juntos en la escalera que conducía al salón de actos, conversábamos en voz baja acerca de los cuatro años pasados.

-Han sido inolvidables -dijo Tomás-; Y ¡qué buenos han sido todos Uds. Conmigo!

¡Pero tú! -le dijo Bianchi, su compañero de pieza-, has sido bueno para con todo el colegio. Volvimos a quedar silenciosos. Se oyó el silbido de un tren que atravesaba el puente y se detenía en la estación cercana. Un grupo de nosotros nos apresuramos a salir al encuentro de "los de casa" que venían. Pero Tomás se quedó donde estaba, con aquella mirada semitriste y la barbilla en el hueco de la mano. Parecía extraño que nadie de "su casa" viniera para participar de su triunfo. Pero cuando volvimos, la mirada triste había desaparecido de sus ojos. Nuestras madres y hermanas lo saludaron y elogiaron, y él aceptó modestamente sus alabanzas. A las diez se deslizó a su dormitorio para buscar la toga y el birrete, esperando hasta que todos nosotros nos hubiéramos ido para volver a salir. Entonces se encaminó, solo, hacia el gimnasio. Se lo había designado para presidir, y lo hizo bien y con gracia, como hacía todas las cosas. Fue una escena que nosotros, los graduandos, nunca podremos olvidar. Quisiera tener la fuerza de expresión necesaria para describirla debidamente: cien jóvenes con togas y birretes avanzaban con paso elegante por el sendero; el edificio de piedra cubierta de hiedra resplandecía al sol de la mañana; olmos centenarios proyectaban sus sombras fantásticas sobre el césped. Sonó la campana, y una banda de música comenzó a tocar suavemente.

¡Momento solemne para nosotros! Con el semblante grave nos reunimos en un círculo compacto alrededor de un árbol recién plantado. El director, levantando la mano, impuso silencio y con voz solemne, anunció:

-Oiremos ahora la "Oración al árbol", por Raúl Bustamanteo

Raúl avanzó hacia el centro del círculo.

-Me cabe el gran honor en estos momentos...

Escuchábamos en silencio. En torno de nosotros había centenares de caras ansiosas: eran los representantes de nuestras familias, entre ellos muchas jóvenes con vestidos de colores vistosos y ojos brillantes.

-Ahora, al hacer frente al futuro con los hombros erguidos y las cabezas levantadas...

Mi mirada errante tropezó con una figura extraña en el círculo exterior de caras: una campesina con un velo de encaje en la cabeza, blusa de mangas largas y pollera amplia. Esa mujer que me parecía fuera de lugar allí me producía disgusto. Sería la esposa de algún portero, probablemente, que se había metido donde no le correspondía. Con los labios entreabiertos ella escuchaba.

-Ojalá que nuestras vidas, a semejanza de este árbol, crezcan y se fortalezcan con el transcurso de los años, permanezcan firmes contra los vientos de la adversidad y hallen placer en las tareas que emprendamos. Palabras de mucha significación eran éstas, aunque procedían del corazón de un joven. Cuando Bustamante terminó, aplaudimos y nos dirigimos hacia el salón de actos. La campesina siguió a la multitud, sola. Los discursos continuaron y terminaron.

-Ahora -susurró Bianchi-, llega el momento de darle el premio a Tomás.

Nos reunimos alrededor de la plataforma, y el círculo de espectadores se estrechó más. El director del colegio se adelantó con una placa de plata en la mano. ¡Chist! susurró alguien. Entonces el director habló:

-Tengo el privilegio hoy de conceder una recompensa poco común a un miembro de la clase de graduandos; un premio al mérito excepcional en estudio, en carácter y en atletismo. Por voto especial y unánime de la dirección del colegio y de sus compañeros, se me ha encargado presentar al Sr. Tomás Bardi, atleta, intelectual y caballero, este distintivo de honor del colegio en reconocimiento de sus méritos en muchas actividades, del afecto y respeto de que goza entre sus compañeros, y de su abnegado y fiel servicio a la institución.

Con ademanes impacientes y vehementes obligamos a Tomás a ponerse de pie. Y allí estaba con la cabeza descubierta, correcto, con la mirada clara y serena, en todo el vigor de su juventud. Su momento supremo había llegado. El director se inclinó, y al dar Tomás un paso hacia adelante, todos prorrumpimos en aplausos. Sintiendo el blanco de todas las miradas, esperó, avergonzado, que cesaran los aplausos.

-Un gran viva para Tomás -sugirió Bianchi. Los ecos de aquella ovación volvieron a nosotros desde las montañas que bordeaban el río.

-¡Un viva más! -gritó otro.

Tomás esperaba, con la cabeza baja; y levantando finalmente la mirada, la posó sobre la incongruente figura de la campesina que estaba adelante en el círculo exterior de espectadores. Vio su velo de encajes, su blusa chillona y su ancha pollera. Notó también, estoy seguro, las cansadas líneas de su rostro y sus hombros agobiados. Inesperadamente se dio vuelta y se encaminó hacia el lugar donde estaba ella. Los aplausos cesaron y reinó un profundo silencio.

-¡Mamá! -había exclamado Tomás, extendiendo los brazos hacia ella. ¿Era eso una comedia o qué? Bianchi, que estaba a mi lado, me apretó nerviosamente el brazo.

-La llamó "mamá" -me dijo.

-Sí.

Esperamos. La mujer extendió los brazos. La gente le dio paso. Ni un sonido rompía el silencio. Nadie hablaba. Tomás y su madre estaban juntos en medio del círculo. Ahora veíamos un vago parecido; los mismos ojos castaños, la misma expresión vehemente. ¡Tomás Bardi y su madre! Nunca habíamos pensado que la madre de Tomás fuera una campesina tan pobre.

Gentilmente la condujo hasta donde estaba el director del colegio.

-Mi madre, señor -dijo-, ha venido de sorpresa. Tengo el gusto de presentársela.

El director inclinó la cabeza y le estrechó la mano. La mujer hizo una reverencia. Sus manos rústicas y callosas que hablaban de continua labor, le colgaban sin gracia a los lados del cuerpo. Pero mantenía la cabeza erguida y la luz que había en sus ojos era hermosa.

Tomás se volvió entonces a sus compañeros que lo idolatraban mientras con un brazo rodeaba los hombros de su madre.

-Compañeros -dijo-, ésta es mi madre. Ella vino de Italia antes que yo naciera, sin amigos. Hace ya veinte años que trabaja por mí. Gracias a ella entré en el colegio; gracias a lo que ella me ha enseñado he sido capaz de obtener cierto grado de éxito. Yo... -la voz se le ahogó en la garganta-, yo no la había invitado a venir hoy. Dios me perdone. Yo... tenía vergüenza de ella. Pero ahora, frente a ustedes, que han sido mis amigos, reconozco mi deuda hacia ella. Mía es su herencia de valor, de labor honrada y de corazón sincero. Y no cambiaría eso por todos los honores que los hombres pueden otorgar. Todos escuchábamos en embarazoso silencio. Éramos jóvenes y sólo vagamente entendíamos el significado del discurso de Tomás. Intensamente anhelábamos que alguien dijera algo. El director fue el primero en hablar. -Tomás -dijo, sosteniendo la placa frente a él-, ¿quiere Ud. aceptar esto en nombre del colegio en reconocimiento adicional de una noble herencia?

Tomás tomó la placa con la mano derecha.

-¡Gracias, señor!

Todos estuvimos más que seguros entonces de que la hora de gloria de Tomás había llegado.